

EL SUEÑO DE LA RAZÓN FANTASÍA HISTÓRICA

FOTO: COMPAÑÍA FERROVIARIA

En vida de **Buero Vallejo**, su teatro iba llegando a los escenarios con regular cadencia, siendo el ritmo de su escritura el que marcaba los tiempos. De sus obras mayores, hubo algunas reposiciones, aunque no tantas como cabría esperar tratándose del dramaturgo español más prestigioso de la segunda mitad del siglo XX. Tras su muerte, salvo el montaje de *Historia de una escalera*, diri-



gido por

Pérez de la Fuente

en el

Centro Dramático Nacional

, su producción apenas ha tenido presencia en la cartelera. Por eso, es noticia importante que se esté representando

El sueño de la razón

, drama fundamental del teatro histórico bueriano, que hasta ahora solo había conocido dos puestas en escena dignas de mención: la de

[José Osuna](#)

, en 1970

[\(CLIKER\)](#)

, y la de

[Toni Tordera](#)

, en 1994

[\(CLIKER\)](#).

La que ahora comentamos, presentada por la

compañía Ferroviaria

, ha sido dirigida por

Paco Maciá

. Estrenada en noviembre del pasado año en el

teatro Circo de Murcia

, ha llegado a la

sala Fernando

de Rojas

, en el

Círculo de Bellas Artes

de Madrid, para una estancia de apenas una semana. Es de lamentar tan fugaz presencia, pues se trata de un espectáculo que, por su calidad, merece mayor difusión.

Una de las dudas que plantea el teatro de

Buero

es la de su vigencia. A su falta, atribuyen no pocos de sus críticos el escaso interés por recuperarlo. No tienen razón si generalizan, aunque no les falte en algunos casos.

El sueño de la razón

y las puestas en escena citadas ofrecen materia de sobra para analizar la cuestión. El argumento gira en torno a los días que precedieron a la salida de España de un anciano

Francisco de Goya

, camino de un exilio no impuesto, pero al que se vio empujado por las insoportables circunstancias que rodeaban su vida. Su talante liberal encajaba mal en el régimen absolutista impuesto por

Fernando VII

, en el que la represión de los ilustrados era moneda común. Dominado por el temor a ser una de tantas víctimas y rechazando, al tiempo, la invitación a pedir perdón al

Rey

por su supuesta falta de lealtad, como condición indispensable para ser recibido de nuevo en Palacio, se encerró en su quinta de las afueras de Madrid. En aquella cárcel, el miedo, que se hizo obsesivo, llenó su cabeza de alucinantes fantasías, plasmadas con sus pinceles en las paredes. Se llenaron éstas de figuras grotescas que luego serían bautizadas como "pinturas negras", que hacían dudar a sus seres cercanos sobre su salud mental. La sordera que padecía, de la que

Buero

hace partícipes a los espectadores, convertía en más penosa su situación.

En 1970, muchos, entre ellos este crítico, entendieron que la situación de España se parecía bastante a la de 1823, en que

Buero

situó la acción. De ahí que

Fernando VII

fuera visto como

Franco

y el pintor como el propio

Buero

. La asociación no era descabellada, como tampoco lo era que fueran considerados trasunto del propio dramaturgo el

Diego Velázquez

de

Las Meninas

o el

Esquilache

de

Un soñador para un pueblo

. Cuando pasados veinte años, finiquitada la dictadura,

Tordera

recuperó el drama, se planteó la cuestión de su vigencia. Las dudas quedaron pronto despejadas. Cuando una obra es grande, lo coyuntural desaparece, aunque estuviera presente en su gestación.

Buero

hablaba del poder y de la dignidad del hombre, temas ambos que no prescriben. Ahora, ya metidos en el siglo XXI, esta nueva puesta en escena confirma esa lectura y la remacha gráficamente cerrando el espectáculo con una cascada de imágenes que ofrecen versiones contemporáneas de las pinturas negras goyescas.

Paco Maciá

explica el drama con claridad. El texto, libre de las complejas acotaciones del autor, fluye bien en una puesta sobria, incluso en las escenas de la pesadilla de

Goya

y del brutal asalto de los voluntarios realistas. Que se haya dotado de animación a las figuras de las pinturas negras es todo un hallazgo. Gracias a él se establece un diálogo mudo e inquietante entre los personajes reales y los que el pintor va liberando de su torturada mente. El trabajo actoral es notable. En el papel del pintor se alternan

Vicente Rodado

y

Juan Meseguer

. En la función a la que asistió el crítico, lo asumió el primero. Su recreación del personaje alterna el miedo insuperable, la lucha con sus fantasmas y su tozudez ante las presiones que ejercen sobre él su amante y amigos para que salga de su encierro, con momentos de relativo sosiego, en los que muestra su lado más humano y encuentra hueco el discurso más reflexivo y relativamente sereno que le sugiere la visión de una España dominada por el despotismo.

Vicente Rodado

ofrece una imagen amarga de la derrota de un artista intachable, que se corresponde con el pesimismo bueriano. Su retrato de

Goya

no incluye, sin embargo, el atisbo de esperanza que solía insinuar

Buero

en los desenlaces de sus obras, incluida la que nos ocupa. En su rostro no se dibuja la sonrisa de calma que aparece indicada en la penúltima acotación de la obra, cuando, al partir hacia Burdeos, lanza una ojeada a las paredes de su casa cubiertas por las pinturas salidas de su paleta. Está bien que se haya prescindido de ese gesto, que encierra cierta ambigüedad, pues resulta incomprensible ante la visión de la tremenda representación del aquelarre.

Eloísa Azorín

como

Leocadia

, la compañera del pintor, logra transmitir el sufrimiento que le causa, tanto la intransigencia de éste, como la evidencia de su deterioro físico y, al tiempo, su empeño en sacarle de tan penosa situación. Su lucha por una causa que se adivina perdida es conmovedora, más aún teniendo

que soportar con resignación las iras del genio.

Cesar Oliva Bernal

da vida al

médico

y

amigo de Goya

Eugenio García Arrieta

. En su texto,

Buero

le describe con prolija minuciosidad fijándose en el retrato que le hizo el pintor en agradecimiento a haberle tratado con éxito una grave enfermedad. No se ajusta el actor a ese corsé icónico, pero sí al talante del personaje. Con sobria eficacia desgrana sobre el escenario el equilibrado y sereno discurso liberal, y muestra el valor de la amistad sincera y sin reservas en tiempos comprometidos. El resto de los actores da vida a personajes con presencia escénica más breve.

Verónica Bermúdez

es

Gumersinda Goicoechea

, la nuera de Goya;

Manuel Menárguez

,

Fernando VII

;

Toni Medina

, en fin, se desdobra en

Francisco Tadeo Calomarde

, ministro y fiel intérprete de la voluntad absolutista de

Fernando VII

, y el padre

José Duaso

, quien, por su condición de

capellán real y amigo de Goya

, sirvió de puente en las difíciles relaciones del monarca con el pintor.

El Sueño de la Razón. Cia Ferroviaria. Crítica

Escrito por Jerónimo López Mozo

Miércoles, 06 de Febrero de 2013 08:30 - Actualizado Jueves, 07 de Febrero de 2013 07:48



[Más información](#)

JERÓNIMO LÓPEZ MOZO

Copyright©lópezmozo





CÍRCULO DE BELLAS ARTES

C/Alcalá 42 –

28014 - Madrid

Tf. 91 389 24 31

Metro: Banco

Aparcamiento Las Cortes y Sevilla

www.circulobellasartes.com

email: prensa@circulobellasartes.com



Teatro Fernando de Rojas

El Sueño de la Razón. Cia Ferroviaria. Crítica

Escrito por Jerónimo López Mozo

Miércoles, 06 de Febrero de 2013 08:30 - Actualizado Jueves, 07 de Febrero de 2013 07:48
